

Congreso Mundial de IBBY  
(International Board on Books for Young People)  
Cartagena de Indias, 18-22 de septiembre de 2000

-----

*Elogio del encuentro*

Michèle PETIT\*

*Ni por gracia y hermosura  
Yo nunca me perderé  
Sino por un no sé qué  
Que se halla por ventura*

Juan de la Cruz

Antes que nada, quisiera agradecer cumplidamente a las personas que organizaron este congreso, quienes me brindaron la oportunidad de estar hoy entre ustedes, y, de manera muy especial, a Sylvia Castrillón. Me brindaron también la oportunidad de volver a Colombia, donde pasé una parte de mi adolescencia, hace algunos siglos. Por eso me emocionó particularmente Katherine Paterson cuando habló anteayer de su retorno a China. No sé si habría podido evocarlo en la misma China, pero por parte mía, creo que tendré que esperar un congreso en China para poder hablar de mi retorno a Colombia.

Hasta aquí mis emociones. Cuando Sylvia me escribió que el presente congreso tendría como tema el encuentro entre dos mundos, le propuse que tratáramos de hacer... un elogio del encuentro, simple y sencillamente. Pero no de una manera general, llena de buenas intenciones, sino a partir de experiencias, de ejemplos que tomaré de las conversaciones con jóvenes que he recabado como parte de mis investigaciones<sup>1</sup>, así como de algunos escritores que han evocado sus lecturas de infancia.

***“Después de todo había algo más...”***

Y para entrar en materia les propongo que escuchemos a una joven mujer, Zohra, a quien conocimos durante una investigación realizada en los barrios pobres situados en la periferia de las ciudades francesas,

donde mis colegas y yo llevamos a cabo un centenar de entrevistas con adolescentes y adultos jóvenes que habían frecuentado una biblioteca municipal<sup>ii</sup>.

Cuando empezamos a hablar con Zohra, la primera frase que nos dijo fue ésta: *“La biblioteca fue un encuentro extraordinario porque yo modifiqué el curso de mi vida”*. Y nos contó su historia, una historia donde, *a priori*, su camino ya estaba trazado de antemano: sus padres provenían de Argelia y habían crecido en el seno de una cultura rural y oral totalmente alejada de los libros; no les interesaba que sus hijas estudiaran y después ejercieran su profesión ya que para ellos la "tradicción" musulmana parecía dictar que las muchachas no deben salir del espacio doméstico, y también porque pensaban regresar a su país cuando hubieran podido ahorrar algo. A las presiones de los padres se añadía la programación social, que sólo le ofrecía a Zohra una trayectoria escolar recortada.

En esta historia, sin embargo, se producirán encuentros que cambiarán el curso de su destino. El primero, con una maestra, cuando Zohra era muy pequeña. Escuchémosla: *“Adoraba a la maestra, le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Quería mucho a los maestros porque transmitían cosas, estaban allí, eran personas sensatas, que razonaban, que comprendían, mientras que mis padres no comprendían. Eran adultos diferentes a los que me rodeaban. Me dieron una fuerza. Después de todo había algo más, había otras personas aparte de los padres, de la vida tradicional en familia. Me ayudaban a abrirme hacia el exterior, al igual que las bibliotecarias. Eran otros adultos que no me consideraban una bebé o una niña que está para hacer el quehacer. Vivíamos en un capullo familiar muy fuerte. Mis padres nunca recibían visitas, amigos franceses o argelinos [...] Es muy difícil cuando ésa es la única referencia que se tiene de joven. Es como si estuvieras completamente aislada. El libro era la única forma de salirme de eso, de abrirme un poco. ”*

“Después de todo había *algo más...*” Tal vez lo esencial está allí y se repite una y otra vez a lo largo de varias entrevistas: el descubrimiento de una alternativa, de un margen de maniobra, de una abertura, como dice Zohra, y también, a veces, de otra mirada sobre el niño o la niña que le da una “fuerza”. Ese “algo más”, lo forman los maestros, las bibliotecarias, la biblioteca como lugar, los usuarios con los que se topa, los libros mismos, y en su relato se mezclan unos con otros.

Observemos por ejemplo la evocación de esta maestra a la que le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Sin saberlo, esta mujer tal vez desempeñó precozmente el papel de destinataria en un proceso parecido a la transferencia psicoanalítica: es decir, alguien que acoge las palabras del otro, que es el testigo de su deseo, con el que mantiene un lazo próximo al amor. Tal vez Zohra sintió ganas de leer y escribir “por transferencia”, por amor a alguien a quien le gustaba leer y escribir, como sucedía con esta maestra; y con las bibliotecarias a las que admiraba, quienes le mostraban que había otra vida posible, fuera de la casa. Escuchémosla nuevamente: “[La biblioteca] me permitía salir de mi casa, conocer gente, ver cosas interesantes (...) Iba a la biblioteca para leer, por mis libros, a escogerlos, y por el contacto con las bibliotecarias (...) Hubo mujeres bibliotecarias que me marcaron mucho. Es un trabajo muy femenino ¡Las mujeres son también las mejores lectoras del mundo a pesar de que tienen menos tiempo que los hombres!”

Zohra tenía fascinación por las letras desde que era niña; por ello su sueño era ser impresora. Sin embargo, como les dije, estudió una carrera corta: “*En francés sacaba buenas notas; el francés me gustaba mucho porque había lecturas. Pero luego me pidieron que aprobara una serie de materias que no eran de lectura, materias científicas, matemáticas, y yo era incapaz de hacerlo. La escuela no fue placentera, no me ayudó, pese a que la lectura era muy importante para mí. Nadie me sacó de apuros. Más bien me dejaron hundir, me orientaron hacia una carrera corta. Así pues, me convertí en secretaria, sin mucha pasión*”. Pero un día, para su buena suerte, se encontró con una mujer que trabajaba en la biblioteca, y que le propuso sustituir por unos meses a una secretaria. En esa ocasión decidió que sería bibliotecaria: se formó de manera autodidacta, se sometió a concursos y finalmente obtuvo el puesto.

Pero no fue sólo su destino profesional el que se modificó, pues la biblioteca y los libros también la llevaron a otros encuentros esenciales: al encuentro consigo misma, con regiones de sí misma que no conocía bien, que la asustaban. Como las que tienen que ver con el cuerpo, con la sexualidad, sobre la que nunca le habían hablado. Escuchemos cómo fue su descubrimiento de Anaïs Nin: “*A través de la biblioteca pude tener acceso a temas tabú. (...) Cuando hablo de Anaïs Nin, es verdad que descubrí a una mujer que escribe literatura erótica sumamente bien, reconocida en el mundo entero. Aprendí cosas sobre mi*

*vida sexual, sobre mi intimidad, que nadie hasta entonces pudo enseñarme [...] Al mismo tiempo me permitió comprender las cosas, descubrir el mundo, a Mark Twain, pasando por grandes sagas históricas. Descubrí que había vidas apasionantes y también temas íntimos”.*

Tanto en la casa como en la escuela todos guardaban silencio sobre otro tema: sobre algunos capítulos negros de la historia ocurridos poco antes de nacer ella, en los que su país de origen entonces colonizado: Argelia, se había enfrentado al país en el que ahora residía: Francia.”(*¿Qué es lo que leía?*) *la literatura magrebí, de dónde venía, la historia de Argelia, mi historia. Porque mi padre peleó en la guerra de Argelia y nunca nos ha hablado de eso. Entiendo que él no pueda hablar, como entiendo que muchos franceses no pueden hablar de ella. Vivieron cosas dolorosas y también le hicieron vivir cosas muy dolorosas a la población argelina. Pero al mismo tiempo nosotros nos quedamos ahí, sin respuesta. Hay que encontrar respuestas. Es necesario que haya... gente con historias (...) Todos tenemos una historia y hay que buscarla. A veces toma tiempo buscarla, encontrar los puntos de referencia que nos permiten, en un momento dado, tener una historia y vivir con ella todo el tiempo”.*

Las lecturas de Zohra no borraron las humillaciones o las heridas de la terrible guerra que vivieron sus padres, pero sirvieron para romper el silencio. Esas heridas adquirieron derecho de expresión, de memoria. Al recuperar su historia, Zohra pudo liberarse de ella, abrirse tanto a los novelistas contemporáneos argelinos como a los occidentales, y confirmar su adhesión a la laicidad y a los derechos de las mujeres. Y al asistir a la biblioteca, Zohra pudo también incorporarse a la historia de Francia, pues durante una exposición sobre la segunda Guerra Mundial conoció testimonios de ex miembros de la resistencia contra el nazismo, de ex deportados que recordaban sus combates, y se sintió cercana a ellos. De este modo pudo conjugar en su interior dos universos culturales que a lo largo de la historia habían estado reñidos.

Todo esto volví a encontrarlo en otras entrevistas, por ejemplo en lo que dice Daoud, un muchacho de origen senegalés que también insiste en la importancia del encuentro: “*Cuando se vive en los suburbios está uno destinado a tener malos estudios, a tener un trabajo asqueroso. Hay una gran cantidad de acontecimientos que lo hacen a uno*

*ir en cierta dirección. Yo supe esquivar eso, convertirme en anticonformista, irme por otro lado, ahí está mi lugar [...Los rudos] hacen lo que la sociedad espera que hagan y ya. Son violentos, son vulgares, son incultos. Dicen: “Yo vivo en los suburbios, entonces soy así”, y yo fui como ellos. El hecho de tener bibliotecas como ésta me permitió entrar allí, venir, conocer otras gentes. Una biblioteca sirve para eso [...] Yo escogí mi vida y ellos no”.*

“Escogí mi vida”, dice Daoud; “...modifiqué el curso de mi vida”, decía Zohra. Estos jóvenes establecen un vínculo totalmente explícito entre, por un lado, el encuentro con una biblioteca y los bienes y personas que allí están, y, por el otro, el hecho de elaborar una posición de sujeto, de salir de los caminos ya trazados, de poder realizar desplazamientos en un campo u otro de la vida. No tengo tiempo de contarles la historia de Daoud, pero también para él fue determinante el encuentro con algunos maestros, algunos bibliotecarios, algunos libros. Y, al igual que Zohra, pudo elaborar su propia construcción, su propia cultura, regocijarse de conocer tanto las sonoridades de la lengua peul que le transmitieron sus padres, como a los grandes escritores occidentales: *“[Si dijera que] Kafka, Orwell, Proust, Faulkner o Joyce no son buenos porque son occidentales, estaría haciendo exactamente lo mismo que ellos [los occidentales] han hecho con las demás civilizaciones, con los demás continentes, y yo estoy en contra de eso. Estoy en contra del Occidente en su política, en su teoría de dominación hegemónica, mas nunca estaré en contra de la cultura, de las actividades artísticas”.*

Dejemos a estos jóvenes por el momento. Un encuentro, como todos sabemos por experiencia propia, puede ser la oportunidad para modificar nuestro destino, pues en gran medida éste ya está escrito antes de que nazcamos: estamos ya encajonados en líneas de pertenencia social e incluso llevamos estigmas con los que tendremos que vivir toda la vida; asimismo estamos atrapados en historias familiares, con sus dramas, sus esperanzas, sus capítulos olvidados o censurados, sus puestos asignados, sus gustos heredados, sus maneras de decir o hacer. Pero a veces un encuentro puede hacernos vacilar, hacer que se tambaleen nuestras certidumbres, nuestras pertenencias, y revelarnos el deseo de llegar a un puerto en el que nadie nos espera. Nuestras vidas están hechas de herencias que dejan sentir todo su peso y de esas repeticiones cuya importancia ha señalado el psicoanálisis; pero también

están hechas de movimiento, que nos alegra o nos causa terror, y casi siempre ambas cosas, de ese movimiento que viene justamente con los encuentros.

Esto puede suceder cuando nos enamoramos, en esos momentos en que sentimos “el llamado del mar” como decía Rilke, en que la fuerza del deseo desempolva el mundo y nos vuelve inventivos y rebeldes. Es una experiencia ampliamente compartida y también un tema novelesco: numerosos escritores y cineastas se han dado a la tarea de mostrar hasta qué punto un encuentro, aun sin porvenir, puede hacer que se tambalee un destino.

En forma similar, ese movimiento puede darse cuando descubrimos a hombres o mujeres que despiertan nuestra admiración, como Zohra que admiraba a su maestra; hombres y mujeres a quienes soñamos con robarles determinado rasgo de personalidad, determinada pasión, determinada curiosidad, para poder reunirnos con ellos. Seres que parecen encerrar en su interior un saber sobre nuestros deseos más secretos; y después de haberlos encontrado, aunque sea fugazmente, ya no somos exactamente los mismos.

El deseo de movimiento puede provenir también de encuentros con lugares, con paisajes, con objetos diferentes, insólitos, en particular si tenemos la oportunidad de hacer un viaje y dejamos que lo imprevisto se cuele. O puede provenir de nuestras lecturas, en esos momentos en que las palabras tocan lo que estaba como detenido en la imagen para darle nueva vida, en esos encuentros en que uno piensa, como decía Breton en *El amor loco*: “Es verdaderamente como si yo me hubiera perdido y alguien viniera de pronto a darme noticias de mí mismo”<sup>iii</sup>.

### ***Zarpar***

Pero regresemos a esos jóvenes cuyas experiencias estaba evocando. Lo que experimentaron en su encuentro con los libros, algunas veces desde la más tierna edad, fue la presencia de los posibles. Lugares distintos, externos. La fuerza para salir de los puestos asignados, de los espacios confinados.

El sentimiento de estar encerrado podemos experimentarlo sea cual sea nuestra ubicación social. Sin embargo, cuando se es pobre se está expuesto a él con mayor frecuencia, pues lo que distingue a las categorías sociales es también el horizonte más o menos vasto de quienes las conforman. El horizonte popular urbano, al igual que el horizonte rural, era y sigue siendo muy a menudo, el capullo del que hablaba Zohra: la familia, lo cercano, el vecindario, “nosotros”, mientras que el resto del mundo es un “ellos”

de rasgos bastante difusos<sup>iv</sup>. Albert Camus decía incluso que la miseria era “una fortaleza sin puente levadizo”. Pero en su caso, como en el de Zohra, hubo algunos puentes levadizos: un maestro, a quien le expresó por escrito su reconocimiento cuando recibió el premio Nobel, y una biblioteca municipal de la que dijo: “*Lo que contenían los libros importaba poco en el fondo. Lo importante era lo que experimentaban (el y su compañero) al principio al entrar en la biblioteca, donde no veían los muros de libros negros, sino un espacio y horizontes múltiples que, desde el quicio de la puerta, los sacaban de la vida estrecha del barrio*”.

Esto es precisamente lo que la lectura, y sobre todo la lectura literaria, ofrece en abundancia: espacios, paisajes, pasajes. Líneas de huida, trazos que reorientan la mirada. Escuchemos a Rosalie evocar la biblioteca a la que solía ir de niña: “*La biblioteca, los libros, eran la mayor felicidad, el descubrimiento de que había otro lugar, un mundo, allá lejos, en el que podría vivir. En ocasiones hubo dinero en la casa, pero el mundo no existía. Lo más lejos que llegábamos era la casa de mi abuelita, en vacaciones, en los límites del municipio. Sin la biblioteca me habría vuelto loca, con mi padre gritando, haciendo sufrir a mi madre. La biblioteca me permitía respirar; me salvó la vida*”. Esta promesa de que existe otro lugar, de no estar condenado por siempre a la inmovilidad, es lo que hace felices a esos niños, simplemente; lo que impide que enloquezcan algunos de ellos, arrinconados en universos devastados por la violencia. Lo que permite soñar y por lo tanto pensar.

Cada uno a su manera, muchos de los y las jóvenes a quienes entrevisté expresaron lo mismo. Para Rodolphe, el descubrimiento de la biblioteca era el descubrimiento de “*un lugar donde se podía consultar el mundo*”. “*Es algo del mismo orden que el encuentro*”, dice también Ridha. Y continúa: “*Creo que el sentimiento de asfixia experimentado por un ser humano se da cuando siente que todo está inmóvil, que todo a su alrededor está petrificado [...] Es como un pajarito al que alguien encerró en una jaula y luego dejó arrumbado y empieza a morirse (...) Cuando era chico, cada uno de los libros era una alternativa, una posibilidad de encontrar salidas, soluciones a problemas, y cada uno era una persona, una individualidad a la cual podía conocer en el mundo. A través de la diversidad de los libros y las historias, hay una diversidad de las cosas, y es como la diversidad de los seres que pueblan este mundo y a los que quisiéramos conocer en su*

*totalidad; y nos parece una lástima que dentro de cien años no estaremos aquí y no habremos conocido al que vive en Brasil o al que vive allá lejos...”.*

Esta multiplicación de las posibilidades, este maravillarse frente a la diversidad, suelen asociarse, en el discurso de los lectores, al descubrimiento de un espacio radicalmente distinto, de un espacio *lejano*. Como en el caso de Ridha que, entre frase y frase, menciona “al que vive en Brasil”, al que vive “allá lejos”. Ese “allá lejos”, ese llamado de un lugar distinto, esa apertura a lo desconocido, son los que hacen despertar en estos jóvenes su deseo, su curiosidad, su interioridad.

Eso es lo que dicen estos jóvenes, lo que dicen también algunos escritores a quienes me gustaría citar para hacer un contrapunto. Por ejemplo Pierre Bergounioux quien, siendo niño, vivía en una aldea languideciente de la provincia francesa y visitaba cada sábado la biblioteca municipal para sumergirse en obras cuyo interés residía, según dice, “*en el alejamiento de las cosas que decían*”<sup>vi</sup>: “*La biblioteca permitía que nuestros pensamientos se ampliaran hasta las antípodas, hasta China o México*”<sup>vii</sup>. “*Había otras cosas aparte de las que habíamos tocado, y también otras maneras de hacer (...) Las lecturas del sábado no sólo me hacían olvidarme temporalmente de la habitación en que me encontraba leyendo, del libro exhausto que sostenía. No regresaba con las manos vacías de la lejanía a la que me había transportado a lo largo de la tarde. El cuarto silencioso, la claridad turbia, gastada, de la vidriera de colores frente a la que volvía a tocar suelo, no eran para nada los mismos. Y me sentía menos a disgusto, porque me había ausentado un rato. No eran los mismos aun cuando las tierras por las que había caminado, vivido, tomaran su prestigio y sus cielos, sus pájaros, sus palmeras, sus nieves y sus aguas, y hasta su suelo, del volumen polvoriento en el que había tenido metida la nariz.*”<sup>viii</sup>

De nuevo, ese descubrimiento esencial: hay otras cosas aparte de las que nos rodean; de nuevo la lejanía, lo que Bergounioux llama “el fervor de lo externo”. Mencionemos de paso la insólita yuxtaposición de las palmeras y la nieve.

Tengo la impresión de que no se ha hablado lo suficiente de este “fervor de lo externo”. Por ejemplo el psicoanálisis, que tanto ha influido en mi formación intelectual y personal, me ha dejado un poco en ayunas sobre este tema. Sé que nuestra pulsión de conocimiento debe mucho a las preguntas sobre la sexualidad que nos hacíamos de niños, a

nuestro deseo de explorar lo interior, el interior de la recámara de los padres, el interior del cuerpo materno. Quizá también tiene su origen en otro movimiento, sumamente precoz, que nos empuja hacia ese exterior lleno de colores que descubrimos al nacer.

### ***Lo lejano y la interioridad***

Pero a través de esta exterioridad, de esta lejanía, también nos aventuramos en nosotros mismos; es nuestro propio yo lo que encontramos al final del camino. No un “yo” social, que se halla por completo en la mirada que se pone en él, sino más bien el otro yo, el desconocido. Ese otro yo que anhela un espacio fuera de lo cotidiano, y palabras formuladas en otra lengua apartada de su uso normal, una lengua que nos aleja del tono habitual de nuestros días.

Escuchemos a Jean-Louis Baudry, quien escribió un libro dedicado al niño-lector que un día fue, en el que evoca lo que llama *“las inmensas reservas amazónicas de la interioridad”*: *“Todos los sabemos bien cuando niños; cada uno de nosotros debe enfrentarse a las mismas potencias subterráneas. Éstas viven en nosotros y para revelarse sólo esperan que se les interrogue en condiciones propicias y utilizando instrumentos apropiados. Los libros eran esos instrumentos. Gracias a ellos, sin tener que cambiar de lugares, cambiábamos de lugar. (...) Por más extraños que parecieran estos lugares, y porque eran extraños, tan fantásticos e inconcebibles precisamente porque eran fantásticos e inconcebibles, al penetrar en ellos penetrábamos en nosotros mismos”<sup>ix</sup>*.

Walter Benjamin describe casi la misma experiencia en su *Infancia berlinesa*: *“Para leer me tapaba las orejas (...) Los países lejanos que encontraba en esas aventuras jugaban familiarmente entre sí como copos de nieve. Y como la lejanía que, cuando está nevando, conduce nuestros pensamientos no hacia un horizonte más ancho sino hacia el interior de nosotros mismos, Babilonia y Bagdad, San Juan de Acre y Alaska, Tromsø y el Transvaal se encontraban en el interior de mí mismo”<sup>x</sup>*.

Una vez más, encontramos lo lejano, lo extraño que lleva más allá en uno mismo, esa conjunción de extrañamiento y reconocimiento. Y también la curiosa yuxtaposición de San Juan de Acre en Siria y de Alaska, el fuego y el hielo que se mezclan dentro del niño, tal como hace un rato, en Bergounioux, las palmeras y la nieve.

Necesitamos lo lejano. Cuando alguien crece en un universo confinado, esas fugas pueden resultar vitales. Pero en todos nosotros apuntalan la elaboración de la subjetividad y la posibilidad misma del pensamiento. La expansión del espacio exterior permite una expansión del espacio interior. Sin esta ensoñación que es una huida de lo cercano<sup>xi</sup> hacia lugares distintos e ilimitados cuyo destino es incierto, no hay pensamiento posible. Estas relaciones entre lo lejano y el pensamiento ya han sido abordadas por algunos filósofos como Heidegger, para quien pensar es *“acercarse a lo lejano”<sup>xii</sup>*. O Hannah Arendt, que escribió:

*“Salimos de viaje para examinar de cerca curiosidades lejanas; y muchas veces sólo en el recuerdo retrospectivo, cuando la impresión ya no nos afecta, las cosas que vimos se vuelven completamente cercanas, como si entonces revelaran por primera vez su sentido porque ya no están presentes. Esta inversión de las relaciones, a saber: que el pensamiento aleja lo cercano, es decir, se retira de lo cercano, y acerca lo alejado, es decisiva si queremos tener alguna luz sobre la morada del pensamiento”.*<sup>xiii</sup>

Por eso tendré que viajar a China para hablar de mi retorno a Colombia...

### ***Ulises, Calipso y las familias reconstituidas***

Como habrán notado, me he desviado un poco del tema. Inicié este recorrido celebrando el encuentro y ahora estoy evocando lo lejano. Pero son los propios lectores los que me han hecho derivar; son ellos los que asocian su encuentro con los libros con una ampliación de las posibilidades gracias al descubrimiento de un lugar distinto, de un espacio lejano. Ellos también quienes, a menudo, hablan de lecturas que los transportan hacia universos aparentemente muy alejados pero que les han revelado porciones enteras de sí mismos. Y es que si nos damos tiempo de escuchar a los lectores, a menudo nos sentiremos asombrados y encantados por lo insólito de esos encuentros y por la audacia de los acercamientos. Ya lo he mencionado en otras ocasiones pero quisiera detenerme unos minutos: un lector no siempre escogerá un libro que hable de una situación parecida a la que él vive; un texto así podrá incluso parecerle una intromisión, mientras que en un libro que evoca un mundo totalmente diferente encontrará palabras que le devolverán el sentido de su experiencia. Lo lejano tiene también en este caso algunas virtudes.

No tengo mucho tiempo para citar ejemplos, lo que es una lástima porque éstos siempre están llenos de enseñanzas. Les brindaré sólo un par de ellos. El primero lo tomo de mi ahijada de cuatro años, que es adoptada. No sé cómo funcionen aquí las cosas, pero al menos en Francia se acostumbra clasificar los libros en las librerías o bibliotecas por categorías temáticas destinadas a ayudar a los padres a elegir títulos relacionados con las pruebas por las que deben pasar sus hijos: el nacimiento de una hermanita, el ingreso a la escuela, el descubrimiento de la sexualidad, la muerte de un ser querido. Desde hace algunos años suele encontrarse también la categoría “adopción”, de manera que a la niña se le compró y leyó concienzudamente un libro que se encontró en ese anaquel. Sin embargo, lo que le permitió simbolizar su experiencia no fue esa obra hecha a la medida, llena de buenas intenciones, que escuchó dando muestras de indiferencia y hastío. Lo que le dijo algo sobre sí misma, sobre su experiencia, fue... Tarzán, historia que pedía que se le leyera y relejera día tras día, sobre todo los pasajes en que, de niño, Tarzán se encuentra en brazos de la mona Kala. A ningún librero se le ha ocurrido poner en la categoría “adopción” la historia de este niño criado por los monos. Un día le conté esta anécdota a la directora de un jardín de niños, quien me señaló con toda razón que Tarzán era muy fuerte y salvaba a todos, a diferencia de los pequeños bebés-objetos a los que se pasan compadeciendo las familias en las historias de adopción. Como sea es más divertido y dinamizante identificarse con Tarzán que con una pequeña víctima. Y ver a papá y mamá como un mono y una mona. Bien lo sabe Anthony Browne...

El segundo ejemplo me lo proporcionó esa misma directora al contarme que cierto día en que leía a los niños el episodio de la *Odisea* en el que Ulises pasa varios años junto a la ninfa Calipso, los niños empezaron a discutir espontáneamente luego de que uno de ellos comentó que su padre, al igual que Ulises, había dejado por un tiempo a su madre para irse a vivir con otra mujer. Esto dio pie para que se pasara revista a las distintas formas de familias en que uno podía crecer (familias reconstituidas, polígamas, monoparentales, homoparentales, etc.). Mientras tanto, con las mejores intenciones del mundo, algunos maestros abordan directamente estas cuestiones y, por ejemplo, les piden a los niños que elaboren sus árboles genealógicos, lo cual me parece una intromisión ya que tal vez algunos niños no tengan la menor gana de presentar ante el grupo y sin ninguna mediación su vida privada. La historia de Ulises y Calipso ofrecía este desvío, esta mediación a través del alejamiento temporal y geográfico, a través de la forma de un texto legítimo, reconocido, compartido, cuya naturaleza permite objetivar la historia personal propia, circunscribirla al exterior.

Esta cualidad de la metáfora para desplazar, para distanciar nuestras inquietudes, la utilizan deliberadamente algunos psicoanalistas con el fin de suavizar los temores de algunos niños o adolescentes. Para que las imágenes, a menudo crudas y repetitivas que obsesionan a estos niños, se vuelvan negociables por medio del pensamiento, es necesario --cito a Serge Boimare--: *“que esas imágenes no sólo hayan sido tomadas o engullidas de películas, confidencias radiofónicas o noticieros violentos, sino que posean la distancia, la complejidad y la reversibilidad de la cultura”*. De ahí que este terapeuta busque sus metáforas, por ejemplo, en los mitos antiguos o en Julio Verne.

Agregaré que a este distanciamiento que favorecen los mitos, los cuentos, las novelas, la poesía o la pintura, habría que añadir el simple placer de la transposición, del préstamo, del desvío. El placer del desplazamiento, cuyo significado habría que analizar con mayor detalle, y que tal vez se relacione con el hecho de que, según Freud, son precisamente el desplazamiento y la condensación los mecanismos que rigen el funcionamiento del inconsciente.

### ***Fecundidad del encuentro***

De la experiencia de los lectores me parece que debemos sacar algunas enseñanzas. Por lo pronto ésta: si bien puede ser vital que cada uno y cada una tengan acceso a medios para encontrar un vínculo con su propia historia o su cultura de origen --tal como vimos hace un rato en el caso de Zohra y de Argelia--, eso no significa que debamos encerrarlo en ella. Tenemos derecho a una historia, pero también tenemos derecho a la metáfora, al extrañamiento, al desvío, a la ampliación de nuestro universo cultural. Y la lectura puede ser justamente un sesgo privilegiado para ofrecernos ambas cosas, para permitirnos conjugar varios universos.

Tenemos derecho a una historia, sobre todo cuando ésta ha sido censurada o cuando ni siquiera ha sido transmitida; cuando se ha roto el lazo con la cultura de origen, como sucede con tanta frecuencia en nuestra época con esos niños y adolescentes cuyos padres, provenientes de una cultura rural y oral, han venido a probar suerte en la periferia de las grandes metrópolis. Cuando a uno lo han arrullado en una lengua, en una cultura y después se ha visto obligado a crecer en otra completamente alejada de la primera y en la que está

marginado, la capacidad de simbolizar puede verse afectada. Entonces hay que construir pasajes entre ambas, conciliarlas, conjugarlas. Recuperar el pasado para que pueda haber un porvenir, para evitar ese desconcierto identitario que se añade a la miseria económica y condena a la vagancia, el odio a sí mismo y la violencia.

Como dice Ridha, el joven al que ya he citado: *“Es difícil pensar hacia adelante cuando no hay nada detrás. (...) Hay un patrimonio que no ha sido transmitido o que no se ha integrado tal vez porque nos dijeron que era incompatible con el patrimonio de aquí, pero yo creo que nada es incompatible. Todo lo que se aprende es compatible, todo lo que se ha vivido nos ha formado”*.

Así es: todo lo que se aprende es compatible, y podemos integrar, jugar en nuestro interior, con varios universos culturales, varios países. La lectura, y a veces otras prácticas, permiten el encuentro de culturas que hasta entonces estaban reñidas, la elaboración de un espacio simbólico en el que se puede encontrar un sitio en vez de sentirse rechazado por todas partes. Lo que he aprendido escuchando a los lectores es que por medio de los hallazgos que se hacen en los libros se pueden juntar eslabones de la propia historia, integrar elementos de la cultura de origen, tal vez para ya no tener deudas con ella, de manera más o menos consciente, y poder apropiarse también de otra cultura.

Se puede ser un joven de origen argelino, disfrutar de las canciones que uno escuchaba de niño y ser fanático de Rimbaud y Breton. O una joven de origen turco que vive en un barrio pobre de alguna ciudad francesa y disfrutar de leer tanto a su compatriota Yachar Kemal --porque le ofrece los paisajes y las historias de una tierra perdida-- como de algunos pasajes del filósofo Descartes --porque le da la idea de cómo una argumentación bien hecha puede ayudar a rechazar un matrimonio forzado. Se puede ser una maestra que nunca ha salido de su pueblo en Bretaña, que conserva un *“respeto y un orgullo por sus orígenes”*, como ella dice, y adorar a los escritores japoneses porque, cito: *“Mishima es delicadeza, flores japonesas, es seda”*. Se puede ser un niño de origen africano y disfrutar de deslizarse en el pellejo de un caballero de la Edad Media para imaginarse seduciendo a la princesa que se sienta al fondo del salón de clase: no se trata aquí de un gesto de sumisión a la cultura occidental, sino de una apropiación divertida, del gozo de un diálogo con un texto exótico o, más bien, con un fragmento de texto.

Son este tipo de encuentros los que permiten apropiarse de una cultura *a priori* extranjera, en vez de imaginarla como un templo cuyas puertas no está uno autorizado a franquear debido a su origen social o étnico. El hecho de estar entre dos culturas, entre dos lugares puede vivirse entonces como una riqueza, incluso como una oportunidad, y no como un sufrimiento.

Comentando el hecho de que *“a lo largo de este siglo los artistas plásticos occidentales han saqueado alegremente las tiendas de África, Asia y las Filipinas [olvidó a América]”*, Salman Rushdie escribió: *“Estoy seguro de que podemos permitirnos la misma libertad”<sup>xiv</sup>*. Creo que Rushdie tiene razón, y eso es precisamente lo que hacen muchos jóvenes que practican la lectura de manera intensa o episódica y elaboran su propio montaje, su propio ensamblaje, hurgando en los bolsillos de escritores de varios continentes. Como dice Ridha, no hay nada incompatible. O, como escribe el filósofo Jean-Luc Nancy: *“...el gesto de la cultura es en sí mismo un gesto de mezclar: es enfrentar, confrontar, transformar, reorientar,*

*desarrollar, recomponer, combinar, hacer talacha*"<sup>xv</sup>. Lo que cada quien elabora en su pequeño rincón se efectúa también a mayor escala: las culturas se encuentran, se fecundan, se alteran y reconfiguran.

### ***El miedo a las mezclas***

Pero este acto de mezclar, este encuentro del uno y del que es diferente, es precisamente lo que se insiste tantas veces en negar. En estos días hablamos del Norte y el Sur, del Viejo Mundo y el Nuevo Mundo. El Norte saqueó al Sur y lo despojó, pero raramente se interesó en conocer sus peculiaridades. Los museos del Norte le deben mucho a los países del Sur, ya sea porque los saquearon simple y sencillamente, ya sea porque los artistas tomaron de ellos su inspiración o un nuevo vigor. La cultura occidental se construyó sobre una base de rapiñas acerca de las cuales ya se ha dicho todo. De rapiñas y relatos. Pues apenas el Occidente descubría esos "nuevos mundos", los cubría de palabras y de fantasmas. Las riberas lejanas se convirtieron en continentes negros, fascinantes y terroríficos. En contraparte, el occidental casi nunca se preocupó por las culturas reales de esos países más que para aniquilarlas o llenarlas de oprobio. Un encuentro también puede ser un combate. El que opuso al Norte con el Sur no fue un combate en buena lid. Y todavía no termina.

En reacción, algunas regiones del Sur no quisieron saber nada del Norte. A veces esa cerrazón fue vital para salvar lo que aún podía salvarse. Pero en las formas extremas que se conocieron a fines del siglo XX, las fiebres identitarias llegaron hasta la obsesión de pureza, la fobia al encuentro, a la alteración. En Francia, algunos jóvenes producto de la inmigración encuentran ahí la justificación para rechazar la escuela y los libros, a los que consideran claros símbolos de la cultura "dominante": *"Ya no estamos en la época de los misioneros. Tenemos una cultura, al igual que ustedes. No nos impongan la suya"*. Pero esos mismos jóvenes se pasan horas, sin preocupaciones de ningún tipo, frente a los videoclips o a las series televisivas, abandonados a otras palabras --mucho más pobres-- de la cultura "dominante".

De manera parecida, algunos trabajadores sociales, algunos mediadores, movidos por su mala conciencia y su miedo al libro, sólo proponen a los niños o adultos provenientes de medios pobres lecturas supuestamente "adecuadas" a sus "necesidades": por ejemplo, obras "útiles", que podrán usar en su vida cotidiana, o textos que reflejan fielmente sus experiencias. Una vez más, vemos a estos niños, a estos adultos, impedidos de realizar desplazamientos, confinados a lo próximo, a lo semejante a ellos mismos.

Esta prohibición de moverse no sólo se aplica en el caso de los pobres: por ejemplo, mientras redactaba esta conferencia me enteré de que en un hospital de París los médicos y las enfermeras temían que los libros donde se representaba a niños corriendo traumas a los pequeños con parálisis. ¡Qué sadismo inconsciente era éste que intentaba privar a los niños de correr aunque fuera en su imaginación! Y eso me recuerda a una niña parapléjica, en otro hospital, cuyo libro preferido era un álbum que le permitía precisamente proyectarse en un conejo que se lanzaba en sus patines de ruedas por las calles de la ciudad. Sí: leer puede convertirnos en osados conejos que se apropian por un momento de todo el espacio de los libros que recorren, de todas las calles del mundo, de todas las épocas.

### ***El derecho a la metáfora***

Por ello cabe recordar que es tarea de los pasadores del libro permitir que todos tengan acceso a sus derechos culturales. Y que entre estos derechos figura, desde luego, el derecho al saber y a la información en todas sus formas. Figura también el derecho de acceso a la propia historia, a la cultura de origen. También el derecho a descubrirse o construirse con ayuda de palabras que tal vez fueron escritas al otro lado del mundo o en otras épocas; con ayuda de textos capaces de satisfacer un deseo de pensar, una exigencia poética y una necesidad de relatos que no son patrimonio de ninguna categoría social, de ninguna etnia.

No leemos solamente para dominar la información, y el lenguaje no puede reducirse a un instrumento, a una herramienta de comunicación. No leemos solamente para llamar la atención en las reuniones o para imitar a los burgueses (entre los cuales, por cierto, no todos leen, lejos de eso). Muchas mujeres y algunos hombres, en número un poco menor, leen por el gusto de descubrir y para inventarle un sentido a su vida, también en los medios populares. Para salir del tiempo, del espacio cotidiano y entrar en un mundo más amplio; para abrirse a lo desconocido, transportarse a universos extranjeros, deslizarse en la experiencia de otro u otra, acercarse al otro que vive en uno mismo, domesticarlo, perderle el miedo. Para conocer las soluciones que otros han dado al problema de estar de paso por la tierra. Para habitar el mundo poéticamente y no estar únicamente adaptado a un universo productivista.

Esa lectura no es un distractor que desviaría de los verdaderos combates. Los psicoanalistas nos enseñan que para poder tratar la realidad que nos circunda, el mundo real, debemos empezar por ser capaces de imaginarla. Lo imaginario pone en movimiento, lleva a otro lugar, hace surgir el deseo. A partir de este espacio puede ocurrirnos la idea de transgredir los límites asignados, de ser un poco más los sujetos de nuestras vidas, de rebelarnos.

Este imaginario se construye sin escatimar cosas múltiples, imperceptibles, sensaciones, emociones, rostros amados u odiados, paisajes extranjeros o conocidos, historias de familia, juegos, escenas vistas en la televisión, en la calle, frases recogidas en la escuela, en los periódicos, en los libros, en el autobús. Pero todo esto no se sitúa en el mismo nivel. La televisión, por ejemplo, es a veces un medio maravilloso que nos revela rostros del otro lado del mundo, pero casi siempre sólo nos remite a lo mismo, a un mundo cerrado, una aldea global. Las nuevas tecnologías, fascinantes por los encuentros que facilitan, siguen siendo de un acceso muy selectivo y raramente sirven como vehículo, al menos por ahora, a obras dotadas de cualidades estéticas.

La lectura de libros sigue conservando así algunas ventajas singulares. En opinión de los adolescentes en Francia, es precisamente el hecho de abrir las puertas al sueño, a lo imaginario, lo que le da ventajas sobre lo visual, tan presente en sus vidas. Y suele ocurrir que si tienen tanto apego a algunos libros sea por su extrañeza misma y no por su proximidad.

A manera de conclusión, quisiera decir desde ahora que no debemos pecar de ingenuos. No vamos a arreglar los problemas del mundo facilitando el encuentro de los niños con los libros. Tampoco les garantizaremos necesariamente una trayectoria escolar más exitosa, ni es seguro que sean más virtuosos. Freud señalaba incluso que los perversos y los neuróticos eran grandes consumidores de libros. Y para echar por tierra otras ilusiones, añadiré que tampoco estoy convencida de que el lector sea una persona más respetuosa

del otro, más democrática, aun cuando la lectura sea tal vez un factor necesario, propicio, pero insuficiente, para la democratización de una sociedad.

Entonces, ¿para qué incitar a los niños a que lean? De acuerdo con lo que me han dicho los lectores de diferentes medios, la lectura es tal vez una experiencia más vital que social aun cuando su práctica desigual se deba en gran medida a determinismos sociales, y de ella puedan obtenerse beneficios sociales en diferentes niveles. Pero estos beneficios vienen por añadidura. Si desde un principio se privilegia su búsqueda, si se reduce la lectura a sus beneficios sociales, me temo que no se estará muy lejos del control, de la voluntad de dominio, del “patronazgo”. La lectura es tal vez un acto más interindividual, o transindividual, que social. Marca la conquista de un tiempo y un espacio íntimos que escapan al dominio de lo colectivo. Y si la soledad del lector frente al texto ha inquietado siempre, es precisamente porque abre las puertas a desplazamientos, a cuestionamientos, a formas de lazos sociales diferentes a aquellas en las que cerramos filas como soldados en torno a un patriarca.

Para mí es importante que los niños, y también los adultos, tengan acceso a los libros pues la lectura me parece una vía por excelencia para tener acceso al saber, pero también a la ensoñación, a lo lejano y, por tanto, al pensamiento. Matisse, cuyos viajes fertilizaron tanto la pintura, decía que “*la ensoñación de un hombre que ha viajado tiene una riqueza diferente a la del que nunca ha viajado*”<sup>xvi</sup>. Yo creo que la ensoñación de un hombre, de una mujer o de un niño que han leído posee también una riqueza diferente a la de aquel o aquella que nunca lo han hecho; la ensoñación, y en consecuencia la actividad psíquica, el pensamiento, la creatividad. Las palabras adquieren otras resonancias, despiertan otras asociaciones, otras emociones, otros pensamientos.

Muchas gracias

Traducción de Diana Luz Sánchez

---

\* Antropóloga, Laboratorio LADYSS (Dynamiques sociales et recomposition des espaces), CNRS/Université Paris I, 191, rue Saint-Jacques, 75005, París, Francia.

<sup>i</sup> Estas investigaciones se abordan con detalle en Michèle Petit (1999), *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica, col. “Espacios para la lectura” (traducido del francés por Rafael Segovia y Diana Luz Sánchez).

<sup>ii</sup> Véase *De la bibliothèque au droit de cité* (Michèle Petit, Chantal Balley y Raymond Ladefroux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, París, BPI/Centre Georges Pompidou, colección Etudes et recherches, 1997).

<sup>iii</sup> *L'amour fou*, París, Gallimard, 1966, p. 11.

<sup>iv</sup> Richard Hoggart, *La Culture du pauvre*, París, Minuit, 1970, pp. 65-69 y 98-105.

<sup>v</sup> Albert Camus, *Le Premier homme*, París, Gallimard, 1994, pp. 224-229.

<sup>vi</sup> Pierre Bergounioux, *La Mort de Brune*, París, Gallimard, 1996, p. 117

<sup>vii</sup> Pierre Bergounioux, *Kpélié*, Charenton, Flohic Editions, 1997, p. 25.

<sup>viii</sup> *La Mort de Brune*, op. cit., p. 118

<sup>ix</sup> Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture*, París, Gallimard/Haute enfance, 2000, p. 93.

<sup>x</sup> Walter Benjamin, *Enfance berlinoise*, trad. del alemán por Jean Lacoste, París, Maurice Nadeau, 1988, p. 89.

<sup>xi</sup> Gaston Bachelard, *La Poétique de l'espace*, París, Presses Universitaires de France, 1972, pp. 168-169.

<sup>xii</sup> Martin Heidegger, “Sérénité”, en *Questions, III*, París, Gallimard, 1966, p. 196.

<sup>xiii</sup> Hannah Arendt, *Vies politiques*, París, Tel-Gallimard, p. 316.

---

<sup>xiv</sup> Salman Rushdie, *Patries imaginaires*, Paris, 10-18 Christian Bourgois Editeur, p. 31.

<sup>xv</sup> Jean-Luc Nancy, *Etre singulier pluriel*, Paris, Galilée, 1996, pp. 176-177.

<sup>xvi</sup> Henri Matisse, *Ecrits et propos sur l'art*, Paris, Hermann Collection Savoir, 1972, p. 211.